

El compromiso del intelectual

¿Qué es un intelectual? La respuesta más lógica parecería ser ésta: una persona que trabaja con su intelecto, proveyendo a su subsistencia (o, si no necesita preocuparse de esas cosas, por mero interés personal), mediante el empleo de su cerebro más bien que de sus músculos. Empero, por simple y directa que sea, esta definición resulta completamente inadecuada, si se la considera en términos generales. Al ser aplicable a cualquiera que no realice labores físicas, no se ajusta a lo que la mentalidad común entiende por "intelectual".

* Paul Baran 1910-1964) es quizá el economista marxista que aborda con mayor profundidad el problema del desarrollo económico. Es de hecho un precursor en el que se basaron las posteriores teorías de la dependencia. En su libro de 1957 "*La Economía Política del Crecimiento*" explora las razones del subdesarrollo analizándolo en relación con el imperialismo y el colonialismo. Analiza y muestra la diferente problemática a la que se enfrentan los países subdesarrollados, con la que se encontraron países como Japón y Australia. Distingue el papel de los sectores agrícola e industrial en los países subdesarrollados considerando que el desarrollo debería venir del sector industrial pero concluyendo que ese desarrollo no es posible por la falta de un mercado interior y por la competencia simultánea de los países desarrollados. Paul Baran trabajó en la Universidad de Stanford, en la que fue notablemente discriminado por sus ideas.

Indudablemente, las expresiones vulgares que califican al "cerebro" de nuestros días, imaginándolo como el clásico profesor de la melena larga y revuelta, sugiere que en algún punto de la conciencia del público existe una noción diferente. Esa noción distingue a cierta categoría de personas ubicadas en un estrato más angosto que el de aquéllos que "trabajan con el cerebro".

No se trata de un juego de palabras. La existencia de estos dos conceptos distintos refleja una condición social bien diferenciada, cuya comprensión puede acercarnos a apreciar mejor el puesto y la función del intelectual en la sociedad. Porque la primera definición, con todo lo amplia que es, se aplica exactamente a un vasto grupo de personas que constituye un importante sector de la sociedad: los individuos que trabajan con su mente y no con sus músculos, que viven de sus ideas y no de sus manos. A éstos les llamaremos *trabajadores intelectuales*. Son los médicos, los directivos de empresa y los propagadores de cultura, los bolsistas y los profesores universitarios. No hay nada de peyorativo en esta generalización; no más de lo que puede haber en el concepto "todos los americanos", o en "todas las personas que fuman en pipa".

La sostenida proliferación de ese grupo de trabajadores intelectuales representa uno de los frutos más espectaculares del desarrollo histórico hasta el presente. Refleja un aspecto de importancia crucial en la división social del trabajo, que arranca desde la temprana cristalización de un clero profesional y culmina con el avance del capitalismo: nos referimos a la separación entre la actividad mental y la manual, entre los "cuellos duros" y los "cuellos azules".

Tanto las causas como las consecuencias de esta separación son complejas y profundas. Posibilitada por la expansión con-

tinua de la productividad, y contribuyendo poderosamente a ella, se ha convertido al mismo tiempo en una de las facetas principales de la desintegración progresiva del individuo, esto es, de lo que Marx llamaba la "alienación del hombre de sí mismo". Esta alienación se expresa no sólo en el efecto desarticulador y distorsionante de dicha separación sobre el crecimiento y desarrollo armónico del individuo —efecto que no se mitiga, sino que tan sólo se disimula en el hecho de que los intelectuales puedan hacer algún "ejercicio físico" y los trabajadores manuales tengan acceso ocasional a la "cultura"—, sino también en la radical polarización de la sociedad en dos campos excluyentes, aunque no desvinculados entre sí.

Tal polarización, que se interpone en el centro del antagonismo entre las clases sociales, genera una espesa niebla ideológica capaz de oscurecer los desafíos reales que enfrenta la sociedad. Esa niebla crea problemas tan falsos y abismos tan destructivos como los que resultan del prejuicio racial o la superstición religiosa. Porque todos los trabajadores intelectuales tienen un evidente interés común: no ser confinados a la más laboriosa, menos remunerativa y —ya que son ellos quienes fijan las pautas de la respetabilidad— menos respetable actividad manual. Guiados por este interés, tienden a enaltecer su propia posición, a exagerar la dificultad de su trabajo y la complejidad de las aptitudes que se requieren para realizarlo, y sobrevalorar la importancia de la educación formal, los títulos académicos, etc. Siempre buscando proteger su posición, se colocan en contra de la labor manual, se identifican con los trabajadores intelectuales que forman la clase dirigente y se consustancian con el orden social que los ha elevado a aquella situación, creando y protegiendo sus privilegios.

Así, dentro del capitalismo, es clásico que el trabajador intelectual sea el fiel servidor, el agente, el funcionario y el vocero del sistema capitalista. Inevitablemente concibe el estado de cosas existente como un estado natural, y se interroga sobre él sólo dentro del área limitada de su preocupación inmediata.

Esta preocupación se refiere al trabajo que tenga entre manos. Puede que esté satisfecho con el nivel de costos de la fábrica que posee o administra o en la cual está empleado, y posiblemente busque la forma de reducirlo. En otros casos su cometido será "vender" a la opinión pública un nuevo jabón o un candidato político, y en tal supuesto cumplirá su función cuidadosa y científicamente. Quizá no le satisfaga el conocimiento alcanzado sobre la estructura del átomo, en cuyo caso dedicará su energía prodigiosa y su talento a encontrar modos y medios de expandir aquel conocimiento. Alguien se sentirá inclinado a calificarlo como un técnico, pero es fácil que este término sea mal entendido. Como presidente de un consorcio, el trabajador intelectual puede tomar resoluciones ponderadas que afecten a la economía racional, así como a la labor y las vidas de miles de personas. Como funcionario importante del gobierno, puede influir decisivamente en el curso de los asuntos internacionales. Y como titular de una gran fundación u organización científica le cabe determinar la dirección y los métodos de investigación de gran cantidad de hombres de ciencia durante un prolongado periodo.

Es evidente que todo esto no se ajusta a la definición del "técnico", que generalmente identifica a individuos cuya tarea no es ya formular políticas sino llevarlas a la práctica, no fijar objetivos, sino buscar los métodos para alcanzarlos, no bosquejar los grandes proyectos, sino cuidar de los detalles pequeños. Y aun así, la designación de "técnico" se acerca más de lo que

sugeriría el uso común de la palabra a lo que quiero significar con la expresión “trabajador Intelectual”.

Porque, repito, el propósito de la labor y el pensamiento del trabajador intelectual es la tarea particular que tiene en sus manos. Es la racionalización, el dominio y el manejo de cualquier aspecto de la realidad que constituye su preocupación inmediata. En este aspecto difiere muy poco —si algo difiere— del trabajador manual que modela láminas de metal, realiza el montaje de un motor o coloca los ladrillos de una pared. Para decirlo en términos negativos, el trabajador intelectual no se dirige, *como tal*, al significado de su trabajo, a su sentido, a su ubicación dentro de la total estructura de la actividad social. Y aun dicho en otros términos, no le preocupa la relación que tenga el segmento de realización humana dentro del cual le toca operar, con los otros segmentos y con la totalidad del proceso histórico. Su modo "natural" es ocuparse de sus propios asuntos y, si es concienzudo y ambicioso, alcanzar toda la eficacia y el éxito posibles. En cuanto a lo demás, dejar que los otros también se ocupen de lo suyo, sea lo que sea. Habitado a pensar en términos de adiestramiento, experimentación y competencia, el trabajador intelectual considera que el ocuparse de esa totalidad es una especialidad entre tantas. Tal es, en su concepto, la "esfera" de los filósofos, los funcionarios religiosos o los políticos así como la "cultura" o los "valores" constituyen la esfera de los poetas, artistas y sabios.

No es que cada trabajador intelectual se formule explícitamente y sustente a conciencia este punto de vista. Pero tiene casi podría decirse una afinidad instintiva con las teorías que lo originan y racionalizan. Una de ellas es el conocido y prestigiado concepto de Adam Smith de que, en el mundo, cada uno de los que cultivan su propio jardín contribuyen al florecimien-

to de los jardines de todos. A la luz de esta filosofía, la relación con la totalidad se desplaza del centro de la preocupación del individuo y lo afecta en todo caso muy marginalmente en su capacidad como ciudadano. Y la fuerza e influencia de esta filosofía derivan de la muy importante verdad que encierra: la de que, bajo el capitalismo, el todo se ubica ante el individuo como un proceso totalmente objetivado e irracionalmente impulsado por fuerzas oscuras que él mismo es incapaz de discernir y sobre las que no puede actuar.

La otra teoría que refleja la condición y satisface los requisitos del trabajador intelectual es el concepto de separación entre los medios y los fines, del divorcio entre la ciencia y la tecnología por un lado, y la formación de objetivos y valores, por el otro. Esta posición, cuyo vetusto arraigo iguala por lo menos a la de Adam Smith, ha sido hábilmente descrita por C. P. Snow como un "medio de retraerse"⁽¹⁾. Según las propias palabras de Snow "aquellos que buscan retraerse, dicen: *nosotros* producimos las herramientas. Allí concluimos. Queda para *ustedes* el resto del mundo; los políticos, determinarán cómo se han de usar las herramientas. Ellas pueden emplearse para propósitos que la mayoría de nosotros considerarnos malos. Si es así, lo lamentamos mucho, pero como hombres de ciencia eso no nos concierne". Y lo que vale para los científicos se aplica con igual fuerza a todos los demás trabajadores del intelecto.

No es necesario decir que el "retraimiento" conduce, en la práctica a la misma actitud de "ocuparse de sus propios asuntos" propugnada por Smith. Es lo mismo pero definido de manera distinta. Y cada actitud permanece esencialmente inmodi-

¹ Discurso pronunciado ante la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia, en Nueva York, el 27 de diciembre de 1960 y publicado en *Monthly Review* de febrero de 1961. Los subrayados son del original.

ficada por la disposición actualmente generalizada a depositar la fe personal en el gobierno más bien que en el principio del *laissez faire*; a sustituir por la mano invisible de Dios la más concreta, si no necesariamente la más beneficiosa, mano del estado capitalista. El resultado es el mismo: la preocupación por el todo parece irrelevante al individuo, y éste, al dejar la preocupación a otros, acepta *eo ipso* la estructura existente del todo como algo dado, al mismo tiempo que suscribe los criterios de racionalidad prevalecientes, los valores dominantes, y los encasillamientos socialmente forzados de la eficiencia, las realizaciones, el éxito.

Es en la relación con los problemas presentados por el proceso histórico total donde debe buscarse la brecha decisiva que separa a los intelectuales de los trabajadores del intelecto⁽²⁾. Porque lo que señala al intelectual y lo distingue de los trabajadores del intelecto, así como de todos los demás, es que su preocupación por el proceso histórico total no es un interés de naturaleza tangencial, sino que toma cuerpo en su pensamiento e influye notablemente en su trabajo. Por supuesto, ello no implica que el intelectual, en su actividad diaria, mantenga permanente contacto con todo lo que se refiere á la evolución histórica. Esto sería naturalmente un imposible. Lo que sí quiere decir es que el intelectual vive buscando sistemáticamente relacionar cualquier área específica en la que pueda estar trabajando, con los demás aspectos de la existencia humana. Estamos aquí frente a un esfuerzo por interconectar cosas que para

² Para evitar un posible malentendido digamos que los trabajadores intelectuales pueden ser (y algunas veces lo son) intelectuales, y que los intelectuales son frecuentemente trabajadores del intelecto. Digo frecuentemente, porque más de un trabajador industrial, artesano o granjero puede ser (y lo ha sido a menudo en algunas situaciones históricas) un intelectual sin necesidad de ser un trabajador del intelecto.

los trabajadores del intelecto, ubicados en la estructura de las instituciones capitalistas e imbuidos de la ideología y la cultura burguesas, aparecen necesariamente colocadas en compartimientos separados del conocimiento y el trabajo de la sociedad. Por cierto, es este esfuerzo por interrelacionar lo que constituye una de las características sobresalientes del intelectual. Y, del mismo modo, es este esfuerzo lo que identifica a una de las principales funciones del intelectual en la sociedad: servir como símbolo y como mentor del hecho fundamental de que los aspectos aparentemente autónomos, desarticulados y separados de la existencia social bajo el capitalismo —la literatura, el arte, la política, el ordenamiento económico, la ciencia, las condiciones culturales y físicas del pueblo— solamente pueden ser comprendidos (e influídos) si se los visualiza claramente como partes de la totalidad global del proceso histórico.

Este principio, “la verdad es el todo”, para usar una expresión de Hegel, lleva implícita la ineludible necesidad de negarse a aceptar como cosa dada, o considerarla inmune al análisis, cualquier parte aislada del todo. Sea que la investigación se refiera a la desocupación en un país, al atraso y la miseria en otro, al estado de la educación en este instante o al desarrollo de la ciencia en cualquier momento futuro, nunca el conjunto de las condiciones que prevalezcan en la sociedad podrá tomarse como algo dado e irreversible; nunca se considerará como un problema "extraterritorial". Y resulta de todo punto inadmisibles abstenerse de poner al desnudo las complejas relaciones entre cualquier fenómeno que constituye un problema, y aquello que es incuestionablemente la entraña vital del proceso histórico: la dinámica y la evolución del orden social en si mismo.

Todavía más importante es advertir las consecuencias de la costumbre, cultivada con tesón por los ideólogos burgueses, de considerar que los llamados "valores" contenidos en el pueblo están fuera del alcance de la observación científica. Porque estos "valores" y "juicios éticos" que para los trabajadores del intelecto son sustancia intocable, no llueven del cielo. Ellos constituyen aspectos y resultados importantes del proceso histórico y no basta limitarse a tomar conocimiento de los mismos, sino que deben examinarse con relación a su origen y a la función que les cabe en el desarrollo histórico. En rigor, la desfetichización de los "valores", "juicios éticos" y demás, la identificación de las causas sociales, económicas y físicas de su surgimiento, cambio y desaparición, así como la revelación de los intereses específicos a los cuales sirven en determinado momento, representan la mayor contribución individual que pueda hacer un intelectual a la causa del progreso humano.

Y esto suscita un nuevo problema. Al interpretar que sus funciones consisten en la aplicación de los medios más eficaces para lograr determinados fines, los trabajadores del intelecto adquieren una visión agnóstica de los fines en sí mismos. En su carácter de especialistas, administradores y técnicos, creen que nada tienen que ver con la formulación de los objetivos, no se sienten calificados para expresar su preferencia por un objetivo u otro. Como se dijo más arriba, admiten que pueden tener ciertas preferencias como ciudadanos pero sostienen que ellas no importan ni más ni menos que las preferencias de los demás ciudadanos. Y como expertos, científicos o sabios, se abstienen de refrendar uno u otro de tales "juicios de valor".

Debe quedar perfectamente claro que tal abstención involucra en la práctica el apoyo del *statu quo*, la colaboración con aquéllos que buscan obstruir cualquier cambio en el orden de

cosas existente encaminado a lograr un orden mejor. Es esta "neutralidad ética" la que ha llevado a más de un economista, sociólogo o antropólogo a declarar que *en tanto* que hombre de ciencia, no puede expresar opinión alguna sobre si sería mejor o peor para los pueblos de los países subdesarrollados entrar por las rutas del crecimiento económico, y es en nombre de la misma "neutralidad ética que eminentes hombres de ciencia han dedicado sus energías y su talento a la invención y al perfeccionamiento de la guerra bacteriológica.

A esta altura podría objetarse que estoy desviándome de la cuestión, ya que el problema surge precisamente de la imposibilidad de deducir en forma exclusiva por medio de la evidencia y la lógica qué es bueno y qué no lo es, o qué contribuye al bienestar humano en lugar de conspirar contra él. Por más fuerza que tenga este argumento, está decididamente fuera de la cuestión. Puede admitirse sin dificultad que no hay posibilidades de llegar, con respecto a lo que es bueno y lo que es malo para el progreso humano, a un juicio que sea *absolutamente* válido sin limitaciones de tiempo y espacio. Pero tal juicio *absoluto* y *universalmente* aplicable es lo que podría llamarse un objetivo falso, y el insistir en él refleja uno de los aspectos de una ideología reaccionaria. La verdad es que lo que constituye una oportunidad para el progreso humano, para el mejoramiento de la vida del hombre, y asimismo lo que conduce o ayuda a su realización, difiere entre un período y otro de la historia, y entre una y otra región del mundo. Los interrogantes relativos a cuáles son los juicios convenientes no han sido nunca interrogantes *abstractos* o especulativos acerca de lo "bueno" y lo "malo" en general. Han constituido siempre problemas *concretos* colocados entre los compromisos de la sociedad a causa de las tensiones; contradicciones y cambios del proceso histórico.

Y en ninguna época ha existido la posibilidad o, digamos mejor, la necesidad de llegar a soluciones *absolutamente* válidas. En todo tiempo se percibe un desafío a la utilización de la ciencia, el conocimiento y la experiencia acumulados por la humanidad para lograr la mayor aproximación posible a lo que constituye la mejor solución bajo condiciones determinadas.

Pero si fuéramos a seguir a los partidarios del "retraimiento" y a los de la "neutralidad ética", dados a ocuparse de sus propios asuntos, estaríamos impidiendo que el estrato social que precisamente tiene (o debe tener) el mayor conocimiento, la educación más compleja y la más grande posibilidad de explorar y asimilar la experiencia histórica, pudiera proveer a la sociedad de la orientación humana y la inteligente guía que le son tan necesarias en cada coyuntura concreta de su trayectoria. Si, como lo destacó hace poco un eminente economista, "todas las opiniones posibles cuentan, ni más ni menos, tanto como la mía", ¿cuál es, entonces, la contribución que los científicos y trabajadores del intelecto de toda clase pueden y están dispuestos a hacer al bienestar de la sociedad? La respuesta de que tal contribución consiste en el "saber hacer" para aplicarlo a la realización de cualesquiera objetivos que la sociedad elija, no es en absoluto satisfactoria. Pues debería resultar obvio que las "elecciones" de la sociedad no se producen por milagro, que la sociedad es guiada hacia ciertas "elecciones" por los intereses que cuentan con la posibilidad de ejercer la necesaria presión. La renuncia del trabajador intelectual a intervenir en los resultados de esas "elecciones" está lejos de producir un vacío en el área de la formación de los valores. Lo que hace en realidad es dejar el campo libre a los charlatanes, pillos y otros muchos seres cuyos designios serán cualquier cosa menos humanitarios.

No está demás mencionar otro argumento que enarbolan algunos de los más firmes “neutralistas éticos”. Observan, algunas veces con grandilocuencia, que después de todo no puede en manera alguna establecerse, sobre la base de la evidencia y la lógica, que haya alguna virtud en ser humanitario: ¿Por qué no van a sufrir hambre algunos pueblos, si su sufrimiento ayuda a otros a disfrutar de la abundancia, la dicha y la libertad? ¿Por qué debe uno luchar por una vida mejor para las masas en lugar de poner buen cuidado en proteger los intereses propios? ¿Por qué debemos preocuparnos de "arrojar margaritas a los cerdos", como se dice vulgarmente, si tal preocupación nos acarrea inconvenientes o incomodidades? ¿No es la postura humanitaria en sí misma un "juicio de valor" carente de base lógica?

Hace unos treinta años, en una asamblea pública, me hizo estas preguntas un líder estudiantil nazi (el cual con el tiempo se convirtió en miembro prominente de la SS y funcionario de la Gestapo), y la mejor respuesta que pude darle entonces sigue siendo hoy la respuesta mejor que soy capaz de imaginar: una discusión de fondo sobre los asuntos humanos sólo puede llevarse a cabo con seres humanos; uno pierde su tiempo si pretende hablar con bestias sobre asuntos referidos a las personas.

Este es el problema sobre el cual no puede transigir un intelectual. Los desacuerdos, las discusiones y las luchas enconadas son inevitables y por cierto indispensables para discernir la naturaleza -y los medios de realización- de las condiciones necesarias para la salud, el desarrollo y la felicidad del género humano. Pero la adhesión al humanismo, la insistencia en el principio de que la búsqueda del progreso humano no requiere justificación científica o lógica, constituye lo que podría llamarse los cimientos axiomáticos de todo esfuerzo intelectual

significativo, unos cimientos sin cuya aceptación ningún individuo puede considerarse ni ser tejido como un intelectual.

Aunque los escritos de C. P. Snow no dejan dudas de que él aceptaría sin reservas este punto de partida, se diría que en su opinión el compromiso del intelectual puede reducirse a la obligación de decir la verdad. (¡Vale la pena hacer notar aquí que tampoco existe una base de evidencia o de lógica para respaldar la afirmación de que la verdad es preferible a la mentira.) En rigor, el principal motivo de su admiración por los hombres de ciencia es la devoción de éstos por la verdad. "Los científicos —dice en el discurso aludido anteriormente— quieren descubrir *qué hay*. Sin ese deseo no hay ciencia. Es la fuerza motora de toda la actividad. Ella induce al científico a profesar un sacrosanto respeto por la verdad, a cada palmo de su trayectoria. Esto es, si quiere usted descubrir qué es lo que hay, no debe engañarse a sí mismo ni engañar a los demás. No debe mentirse a sí mismo. En términos más crudos, no debe usted falsear sus experimentos" (subrayados en el original). Y si bien estas normas nos acercan mucho a la formulación del compromiso básico del intelectual, están lejos de considerar la totalidad del problema. Porque el problema no es meramente establecer si se dice la verdad, sino *qué cosa constituye* la verdad en un caso determinado, *sobre qué* se la dice y *sobre qué* se la calla:

Aún en la esfera de las ciencias naturales resultan de importancia estos problemas, y existen poderosas fuerzas en acción que canalizan las energías y capacidades de los hombres de ciencia en ciertas direcciones, anulando o esterilizando los resultados de su trabajo en otros. Cuando se extiende a cuestiones relacionadas con la estructura y la dinámica de la sociedad, el problema asume una significación singular. Porque una

afirmación cierta sobre un hecho social puede (y es lo más probable) transformarse en una mentira si el hecho a que se refiere es desprendido del todo social del que forma parte integral; es decir, si el hecho es aislado del proceso histórico que le dio origen. Así, en este campo, lo que constituye una verdad frecuentemente se busca y se dice (sin arriesgar la seguridad propia) con referencia a cuestiones que realmente no importan, y la búsqueda y enfatización de esa clase de verdad se convierte en poderosa arma ideológica de los defensores del *statu quo*. Por el otro lado, la actitud de decir la verdad sobre lo que importa, buscar la verdad acerca del todo, y descubrir las causas sociales e históricas y las interrelaciones de las distintas partes del todo, es sistemáticamente desacreditada por anticientífica y especulativa, y se la castiga incluso mediante la discriminación profesional, el ostracismo social y la intimidación directa.

El deseo de decir la verdad es por lo tanto sólo una de las condiciones necesarias del intelectual. La otra es la valentía, la disposición a continuar la investigación racional, hasta dondequiera que ella conduzca, y a acometer "*la crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que no ha de echarse atrás ni por asustarse de sus propias conclusiones ni por conflictos con cualquier poder que sea*" (Marx). Un intelectual es de tal modo, en esencia, un crítico social, una persona cuya preocupación es identificar, analizar, y por esa vía contribuir a superar, los obstáculos que se oponen a un orden social mejor, más humano y más racional. Como tal se convierte en la conciencia de la sociedad y en el vocero de cuantas fuerzas progresistas contenga ésta en un período cualquiera de la historia. Y como tal es inevitablemente considerado un "creador de problemas", una "molestia", por la clase dirigente que procura conservar el *statu quo*, así como por los trabajadores

del intelecto a su servicio, que acusan al intelectual de ser utópico o metafísico en el mejor de los casos, y subversivo o sedicioso en el peor.

Cuanto más reaccionaria es una clase dirigente, más evidente resulta que el orden social sobre el cual reina se transforma en un impedimento para la liberación humana, y más se aprecia que su ideología está contaminada por el anti-intelectualismo, el irracionalismo y la superstición. Del mismo modo, en estas condiciones, se hace cada vez más difícil para el intelectual resistir a las presiones sociales desatadas contra él, evitar la rendición frente a la ideología dominante y no sucumbir en el cómodo y lucrativo conformismo de los trabajadores intelectuales. Bajo condiciones tales se hace cuestión de suprema importancia y urgencia el insistir en la función y subrayar el compromiso del intelectual. Porque es bajo tales condiciones que cae dentro de su esfera, como una responsabilidad y a la vez como un privilegio, la tarea de salvar de la muerte la tradición de humanismo, raciocinio y progreso que constituye la herencia más valiosa legada a nuestra sociedad por la evolución histórica de la humanidad entera.

Puede acusárseme de identificar al intelectual con un verdadero héroe y reprocharme que no es razonable exigir a las personas que resistan a todas las presiones de los intereses creados, que pongan el pecho a los peligros que amenazan su bienestar individual, por servir la causa del progreso humano. Estoy de acuerdo en que no sería razonable *exigir* esto, ni lo pretendo. La historia nos enseña que muchos individuos, aún en las edades más oscuras y bajo las condiciones más severas, fueron capaces de trascender sus intereses propios y privados, y subordinar estos a los intereses de la sociedad considerada como un todo. Ello requirió siempre mucha valentía, mucha inte-

gridad y mucha inteligencia. Todo lo que cabe esperar por ahora es que nuestro país produzca también su "cuota" de hombres y mujeres dispuestos a defender el honor del *intelectual* contra toda la furia de los intereses dominantes y contra todos los embates del agnosticismo, el oscurantismo y la inhumanidad. ■

[Biblioteca Virtual](#)
OMEGALFA